

MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y EDUCACIÓN PARA LA SOLIDARIDAD: ¿DIVORCIO DEFINITIVO?

Javier Erro Sala¹.

Si partimos del concepto tradicional de medios de comunicación - prensa, radio y televisión- cabe pensar que la brecha entre “medios” y educación amenaza con acabar en un divorcio definitivo.

Eso que podríamos llamar "*educación para la solidaridad*" y que en los últimos años toma la forma de una "*educación para una ciudadanía global*" está en estos momentos en manos de tres actores fundamentales. De los propios "medios", artífices fundamentales de la "opinión publicada"; de la escuela, base de la educación formal; y de las organizaciones no gubernamentales (ONG y ONG de Desarrollo), como articulaciones estables de la sociedad civil.

Los "medios" avanzan en estos momentos en dirección contraria al cultivo de la responsabilidad social. Existe acuerdo en que el periodismo atraviesa una profunda crisis de identidad y un período de decadencia que tiene que ver con la cultura de la imagen y la competencia salvaje de la televisión y las nuevas tecnologías de la comunicación. Pero además el proceso de concentración de las industrias culturales y el gobierno corporativo de los "medios" –entregado a producir beneficios a los accionistas por encima de la verdad, la ética o el rigor- ha acabado de convertir definitivamente información y noticia en mercancías. En justa correspondencia la calidad periodística vive momentos difíciles -Berstein, investigador del Watergate, acusa a los medios de "idiotizarse" y de insultar a la inteligencia y a la realidad- y se generaliza la precariedad profesional paradójicamente a la vez que una selecta elite de profesionales disfruta de contratos exorbitantes. Ante este círculo vicioso algunos anuncian el ocaso de la responsabilidad social en el periodismo, convertida ya en mero simulacro. ¿"Telebasura" o basura de periodismo?, se preguntan las voces más críticas.

La escuela vive también momentos confusos. Sin terminar de asimilar que la televisión le relegara a un segundo plano en el proceso educador, en pleno desencuentro con el reino de la imagen, le han llovido fenómenos tan complejos como la interculturalidad. Se debate entonces

¹ Profesor e investigador de Comunicaciones para el Desarrollo. Responsable de la Fundación Paz y Tercer Mundo en Navarra.

entre la desorientación y la falta de recursos, soñando con educar en valores a ciudadanos y ciudadanas, pero formando en conocimientos para las necesidades de la empresa.

Tampoco las ONG atraviesan momentos de claridad como para revertir este proceso. Lejos de haber descubierto la dimensión educativa de la comunicación carecen, por lo general, de políticas comunicativas pensadas para educar. Cuando hablan tienden a convertir al mensajero en el mensaje, y dicen más de sí mismas que de las realidades de los excluidos o del Sur que dan sentido a su existencia. Por lo general agotan su estilo de comunicar y de educar en la obtención de recursos y, como siempre los recursos son insuficientes, la *"educación para el desarrollo"* sigue sin constituir una prioridad real de estas organizaciones.

En este contexto la confrontación abierta entre “medios”, escuela y ONGD se descubre como un conflicto relativo porque les une más de lo que les separa. De hecho no se baraja en términos educativos, sino con criterios de visibilidad pública. En el fondo se comparte una misma "mirada instrumental" de la comunicación: aquella que prescinde de su naturaleza educadora.

¿Existen indicios razonables para pensar que los "medios" cambiarán en un futuro próximo su actitud y apostarán por una educación para la solidaridad? Frente al crecimiento de la desconfianza ciudadana hacia instituciones políticas y sociales, los “medios”, el sector educativo y las ONG siguen siendo las instituciones mejor valoradas. Lo que no quita para que la sociedad, como señala Castells, comience ya a mostrar sus resistencias y a responder públicamente a la manipulación informativa.

Los "medios" viven la contradicción de no poder asumir, con su actual estilo, una educación para la solidaridad, ni tampoco impedir que cada vez sea más visible su irresponsabilidad con los desafíos sociales actuales. Si es así, paradójicamente la esperanza reside más en la fuerza intrínseca de la crisis institucional que en la voluntad o capacidad de las instituciones implicadas.